



Red Iberoamericana de Educación en Derechos
Humanos y para la Ciudadanía Democrática

OEI 

La educación ética: apuesta por la convivencia democrática

Ángel Gabilondo



Perspectivas iberoamericanas:

La educación para la convivencia democrática
y la promoción de los derechos humanos



“Educar en la ética del acuerdo es la base de la formación democrática. El diálogo no es la sustitución de lo que uno piensa por la mera posición del otro, sino la reiterada búsqueda de aquello común a partir de lo cual diferenciarse”.

Ángel Gabilondo.
Defensor del Pueblo de España



Hemos vivido en unos tiempos en los que hablar de convivencia y concordia producía una gran conmoción. Hoy no faltan quienes asimilan estos términos simplemente a algo bien intencionado.

En todo caso, tendrían más que ver con los espacios de la medida, que sin embargo no es una mediocridad, ni una medianía, sino moderación que no es, sin más, un término medio, sino una modalidad de valentía y coraje.

La educación se sostiene en estar dispuesto a dejarse decir algo y no creer que uno ya lo sabe todo y mejor que los demás. Ello frente al partidismo, al sectarismo y al dogmatismo, causa y fruto de la mala educación, cuyo horizonte es la confrontación en todas sus modalidades, hasta la violencia más explícita.

La democracia es acuerdo y en él teje su legitimidad. Las constituciones han de ser de una u otra forma grandes pactos. Y una acción educativa consistente pasa por un acuerdo, no por el mero activismo legislativo. El acuerdo ha de construirse. No es cosa de creer que nos topamos con él como si aguardara, impassible y ya conformado, nuestra llegada y menos aún de utilizarlo como un ariete frente a otras posiciones. Se trata de conformarlo, de hacerlo conjuntamente, de crearlo. No es la imposición de una voluntad dominante.

Educar en la ética del acuerdo es la base de la formación democrática. El diálogo no es la

sustitución de lo que uno piensa por la mera posición del otro, sino la reiterada búsqueda de aquello común a partir de lo cual diferenciarse. Es evidente que requiere esfuerzo y paciencia y ese esfuerzo y esa paciencia son una dimensión de la ética que hemos de experimentar, de vivir y de aprender. No es una mera renuncia a las propias convicciones sino un modo de labrar a partir de ellas, dado que los buenos consensos son transformadores, incluso innovadores.

Pocas palabras han sido tan manoseadas como la palabra *ética*, utilizada muchas veces como una forma tibia de moralidad, considerada como una simple disposición íntima de la conciencia, cuando de hecho se centra en un comportamiento basado por una parte en el reconocimiento del otro, pero así mismo en la creación de condiciones y de espacio para la justicia y la libertad.

Se trata de tener en cuenta al otro, bien sea para oponerse o bien para entrar en composición con él, con ella. Es relación, no mera acción. En dichos espacios es posible ser miembro activo de pleno derecho de una comunidad y, sin esta condición, todo resulta abonado para la indiferencia, el individualismo, el egoísmo y la soledad.

Por eso, la mejor educación ética es la convivencia con otros, con otras, diversos, diferentes, construyendo la igualdad inclusiva de derechos en lo común. Solo así es posible la comunidad y la comunicación. No es cuestión



de tratar de hacer idéntico lo que es diferente, sino de buscar lo común, a partir de lo cual diferenciarse. Dado que sólo en comunidad se puede ser diferente. Fuera de la comunidad se es indiferente. Se trata de configurar ámbitos de convivencia, lo cual no significa ni de homogeneidad ni de uniformidad.

para lograr la equidad, base de lo común, que perseguimos. La educación y el conocimiento, de ahí también el sentido primordial de las universidades, han de generar la capacidad de responder a los grandes retos globales de las sociedades del siglo XXI: energía sostenible, cambio climático, salud, agua, alimentación, emigración, lucha contra la pobreza, y

“La mejor educación ética es la convivencia con otros, con otras, diversos, diferentes, construyendo la igualdad inclusiva de derechos en lo común. Solo así es posible la comunidad y la comunicación”.

La ética es una experiencia, un modo de vivir, la configuración de un espacio y una forma de vida, no una simple disciplina ni una mera actitud para conformar una sociedad de espectadores. No es pura asimilación para rendirse a la autoridad de lo homogéneo, es más incluso que integración, es incorporación, como señalamos, de pleno derecho. Paul Ricoeur considera que “lo político prolonga lo ético, dándole una esfera de ejercicio”. Por eso la ética de lo político consiste en la creación de espacios de justicia y de libertad.

contraponerse a los conflictos que hacen de las guerras el modo de decir que aniquila la palabra justa, que es más que la usencia de guerras y que otorga un contenido concreto a la palabra paz.

Es difícil asimismo no sentir cierto pudor, alguna vergüenza y un profundo malestar ético por la situación de desamparo en la que se encuentran tantas personas, como si eso fuera independiente de nuestra sensibilidad, o de nuestra voluntad o, mejor dicho, de nuestra falta de ellas. Ni es casual ni es indiferente de nuestra acción o dejación. Ni es incidental, ni lateral, sino que responde a todo

Así como a nadar solo se aprende nadando, a participar solo se aprende participando. Y a convivir conviviendo. En definitiva, educarse es insertarse en una comunidad. Y aprender a vivir y a crecer en ella, y hacer crecer a los demás, y a participar, a formar parte, y a responsabilizarse. Sea el aula, sea la familia, sea una asociación, sea un país, sea un entorno de amistad. El propio Homero señala: la verdadera esclavitud es carecer de fratría, de ley y de hogar. Y añadimos ahora, no hay verdadera libertad sin ellos.

La tarea es compleja y difícil. La miseria, la ignorancia, la pobreza, el dolor, el sufrimiento de los seres humanos sólo se combaten a fondo con la cultura y la educación. No sólo con ellas, sin duda. Pero sin cultura y educación no habrá ninguna posibilidad





un modo de proceder y de organizarnos personal, institucional y estructuralmente. Y de concebirlo.

El mal llamado “realismo” dice que “¡qué le vamos a hacer!, es así, la vida ha sido siempre así, y esto es lo que hay”. Y que todo proyecto de transformación es inviable e ingenuo. Pero no es cierto que no haya nada que hacer.

La dignidad inalienable, la singularidad insustituible hacen de todos y cada uno, de todas y cada una, alguien con sentido pleno. Y educar en ellas es clave. La autonomía, como capacidad de elegir libremente con condiciones de posibilidad, también de respetar y de ser respetados, de ser libres e iguales, se sustenta en una permanente toma de postura activa contra la inequidad y a favor de la no discriminación, por dignidad ética, la que crea espacios de justicia y de libertad. Y ello exige, para empezar, igualdad de oportunidades.

“La acción individual es tan imprescindible como insuficiente. La democracia precisa de la eticidad, de dar dimensión humana, de seres humanos, a cuanto hagamos y digamos, a cuanto vivamos”.

Decir que hay mucho sufrimiento es poco decir. Hay hombres y mujeres bien concretos y determinados, bien singulares, que sufren. Cada cual a su modo se encuentra en la vida con el dolor y con el sufrimiento, pero hay quienes viven constante e insistentemente en ellos, cuya vida está tejida y entrelazada por una situación permanente de sufrimiento. Y que se las ven con no pocas dosis de indiferencia. En todo caso quien no ha experimentado jamás ni el dolor ni el sufrimiento, la única explicación es que no haya nacido.

El estado de necesidad se agrava cuando se tiene la percepción de una situación de injusticia. Y entonces el sufrimiento se incrusta en la existencia cotidiana, y ya es cuestión de que el desánimo no venga a ser desesperación.

Más inquietante es aún considerar que vivimos en un mundo que casi sistemáticamente produce ese dolor y sufrimiento. Y si es preciso lo alimenta, concretamente con la pobreza. Y, si cabe, con la soledad. Parecemos empeñados en generarlo, un efecto colateral, se dice. No precisamente con nuestra intención. Basta que sea con nuestra acción. O con nuestra pasividad. Se requiere ojo ético, mirada ética.

La inquietud ha subido de tono porque ese estado de necesidad se nos aproxima o nos alcanza. Pero, en todo caso, siempre es decisivo el sentido y la dirección de nuestra mirada. Y no pocas veces sencillamente no hemos visto, no nos hemos ni percatado, no hemos respondido.

De ahí la importancia de la educación de la mirada, de un ver que no es parásito, de un ver que se involucra. El dolor y el sufrimiento ofrecen asimismo su escala de valores que, sin duda, pone en evidencia lo que parece proponerse desde el espejismo de un mundo gozoso que ni mira ni ve, que va satisfaciendo necesidades. Y condiciona de tal modo que cada instante, cada situación y, en especial, cada deseo, se impregnan y se constituyen en ese rescoldo insistente de la desidia que viene a ser abrasador.

Es clave la cercanía, la compañía, la palabra y la intervención próximas de quienes muestran con su participación y con su acción que ellos importan. La educación ética ha de convocarnos a la proximidad, a la “projimidad” (valga el término no académico). Pero no lo es menos el aliento procurado por quienes enfrentan de raíz las causas de ese sufrimiento. La acción individual es tan imprescindible como insuficiente. La democracia precisa de la eticidad, de dar dimensión humana, de seres humanos, a cuanto hagamos y digamos, a cuanto vivamos.



“ La educación garantiza el futuro de la democracia porque, como sucede en todas las sociedades, es también el medio de transmisión de valores entre generaciones ”.

Sin embargo, en ocasiones, el sufrimiento es silencioso. Incluso parece carecer de rostro y de mirada. El otro está como ausente, encerrado aún más en su penar. Sin visibilidad. Sólo encontramos indicios y síntomas. Y un aire de azufre lo contamina todo.

El dolor y el sufrimiento despliegan sus tentáculos con la misma eficacia que la sangre se ramifica por el cuerpo y el ansia de vivir no se agota en él. Y lo que para Julia Kristeva son *Las nuevas enfermedades del alma* permiten reescribir formas de sufrimiento no poco sofisticadas, de una enorme eficacia para otros modos de dolor. Y nuestros entornos nos ofrecen la vecindad de formas contundentes de este sufrimiento. Están cerca, muy cerca.

La carencia de expectativas y de horizontes, acuciados por las urgencias cotidianas, genera

innumerables perjudicados, que no parecen tener en sus propias manos, no ya su destino, sino su cotidianidad. El sufrimiento por los derechos afectados y las oportunidades ausentes o perdidas, por las perspectivas enturbiadas, por lo tal vez conseguido y quizá malogrado, ha de alcanzarnos a todos, y esas cuestiones no nos han de ser lejanas. Aunque, en su caso, creamos escapar a sus efectos. Sin esta actitud la ética es vacía, vacua y la educación no sólo se queda sin valores, sino que pierde su valor.

El bienestar no es una simple cuestión personal. Si no es colectivo, tiene otros nombres. No se trata de propiciar la mera comodidad, ni la resignación, ni la exclusión, amparadas en la impotencia.

De ahí la importancia de la educación como piedra angular de un cambio estructural ineludible para el progreso y desarrollo de nuestras sociedades. Y la necesidad de un mensaje de ejemplaridad y de compromiso que hoy, en tiempos de tanto lamento, resultan imprescindibles. Y la necesidad de dar respuesta a los problemas, eso es responsabilidad. Y para ello hemos de vincular el conocimiento con la iniciativa social e institucional, para realizar una tarea común y colectiva.

Por eso se agradece este acto. Y una prioridad, los más vulnerables, los más





necesitados, los más desprotegidos, los más indefensos, los más desfavorecidos, los más pobres, los más pequeños. Y no solo en edad, también en posibilidades. La ética enfrenta la desigualdad.

Educar es requisito esencial para el sistema democrático. Sin democracia puede haber alguna educación, pero sin educación no puede haber democracia. Además, cuanto más calidad tenga nuestro sistema democrático, mayor calidad tendrá nuestra educación, y viceversa.

La educación garantiza el futuro de la democracia porque, como sucede en todas las sociedades, es también el medio de transmisión de valores entre generaciones. En nuestra sociedad esos

precisa asimismo crear las condiciones para que digan su propia palabra.

Para ello es esencial que los docentes logren desempeñar su labor en un clima de respeto, de tolerancia, de participación y de libertad. Con el objetivo de que sea efectiva esta transmisión de valores, es necesaria también una mayor implicación de todos, de la comunidad educativa, de las familias, de los agentes sociales, de las administraciones, de los partidos políticos y de los medios de comunicación, y en general, de toda la sociedad, para la asunción responsable de los derechos y deberes, y se viva la solidaridad y el respeto a los demás. Y es fundamental crear un entorno coherente con los valores que queremos vivir y con los que deseamos convivir.

“Educar en la palabra, educar en la escucha, es el cultivo de la ética democrática. Frente al charlataneo incesante, que confirma nuestro deambular errantes y aislados, necesitamos seres de palabra”.

valores son los valores democráticos que hacen referencia a la solidaridad, la convivencia democrática y al respeto a las diferencias individuales con el objetivo fundamental de lograr una mayor cohesión social.

Los valores son necesarios. El conocimiento también, pero sin valores el conocimiento pierde su sentido. La dificultad estriba en cómo se transmiten, recrean y mejoran. Precisamente el 5 de octubre es el Día Mundial de los y las Docentes, con el lema “Hacia un nuevo contrato social para la Educación”. Lo decisivo es incorporar los puntos de vista de los docentes a las políticas educativas y a los procesos de toma de decisiones. De ahí que la participación personal no consista en tomar nuestra parte, sino en formar parte. No es cuestión sólo de hablar a los y las docentes o de hablar con ellos. Se

La educación es y hace ciudad. La ética no es un simple asunto personal.

Tenemos que impulsar y promover una educación integral que favorezca la educación de los estudiantes como personas, como seres humanos, y ciudadanos preparados para enfrentarse a un mundo abierto y en continuo proceso de cambio. Ciudadanas y ciudadanos activos, que piensen sobre lo que aprenden y que no dejen nunca de preguntarse por el conocimiento que adquieren, que duden, que cuestionen sobre lo que les enseñan, que propongan nuevas verdades con conciencia crítica. La educación no es una simple y pasiva adquisición de conocimientos, contiene muchos otros objetivos además del de lograr la empleabilidad, que sin dejar de ser decisivo, no debe reducirse al adiestramiento.



La democracia se basa en la idea de que nadie posee la verdad absoluta, de que la palabra no es patrimonio de un único individuo ni de una formación, no es patrimonio de nadie. La palabra es diálogo, acuerdo, consenso. La palabra es de todos y cada uno, de todas y cada una, es indispensable la conversación en el espacio de lo discutible, de lo debatible, en que es imprescindible decidir. Educar en la palabra, educar en la escucha, es el cultivo de la ética democrática. Frente al charlataneo incesante, que confirma nuestro deambular errantes y aislados, necesitamos seres de palabra.

La educación y la palabra tienen una capacidad enorme de crear identidad en comunidad. Pero comunidad no es aislamiento, ni retraimiento, ni exclusión, sino todo lo contrario: apertura, avance e inclusión permanente. Es un conjunto de personas que deciden poner en común, desarrollar sus intereses compartidos. Lo que pasa por comprender que el odio es la mayor sumisión a quien se odia.

La ética se vincula de este modo a un ejercitarse en el cuidado de sí y de los otros. Pero para que venga a cimentar la democracia es indispensable recordar que ese cuidado precisa de instituciones justas, de palabras justas, de soluciones justas, de seres humanos en horizontes de justicia.

Educar en el reconocimiento, respeto y afecto a las instituciones democráticas es una tarea decisiva. Se trata de atender a la necesidad y de procurar cauces institucionales para poder potenciar y vivir una vida democrática. No hay democracia sin corazón ético en un organismo integral e integrador. La falta de esta formación hace tambalearse a las democracias.

“Es fundamental crear un entorno coherente con los valores que queremos vivir y con los que deseamos convivir”.

